



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Freyman, Regina

Amor ¿futuro perfecto?

Ciencia Ergo Sum, vol. 18, núm. 2, julio-octubre, 2011, pp. 187-191

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10418753010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Amor ¿futuro perfecto?

Regina Freyman*



Recepción: 4 de febrero de 2011
Aceptación: 17 de marzo de 2011

* Tecnológico de Monterrey, campus Toluca,
México, México.
Correo electrónico: regina.freyman@hotmail.com

Amor: Primer tema de conversación; último objeto de consumo. Primera locura del hombre; último refugio de la humanidad.

Jacques Attali

“Te leo la mano, te digo la verdad, si te ponen los cuernos...” En la plaza de Coyoacán hace unos años un hombre comenzaba así su pregón. Los paseantes en busca de respuestas al futuro hacían cola para que el adivino les hablara sobre aquello que es centro de nuestra vida: el amor y la sexualidad.

No podemos negar que gran parte de cuanto hacemos está motivado por ese complejo sentimiento que llamamos amor y que, como nos dice José Antonio Marina en su *Diccionario de los sentimientos*, no es uno sino un cúmulo de emociones y sentimientos. ¿Seguiremos amando en el futuro tal y como lo hacemos ahora? ¿Las asociaciones de pareja y el núcleo familiar seguirán vigentes? ¿Seguirá abriéndose la brecha entre sexualidad y erotismo? Para intentar dar respuestas al futuro del amor pretendo primero, esclarecer las palabras que designan sus distintas manifestaciones, su historia y su anatomía.

1. Descripciones y definiciones en torno a un sentimiento

¿Qué se esconde detrás de aquello que llamamos amor y que, como diría San Juan de la Cruz, “...un no sé qué que quedan balbuciendo”? (De la Cruz, 2009).

El amor comienza por ser un deseo de posesión que Stendhal dividía en amor-pasión, una afinidad que perseguía la posesión del ser amado en cuerpo y alma; amor-gusto, una emoción que experimentaba la pura atracción o el hechizo contemplativo; amor-físico, deleite momentáneo, satisfacción del deseo físico y amor de vanidad, aquel juego de seducción que alimentaba el ego del conquistador.

Los griegos pensaban que existían dos tipos de amor: amor Eros, que consiste en el deseo y amor *philia*, que alude a la amistad, los filósofos medievales llamaron, respectivamente, a estas dos variantes: amor concupiscente y amor benevolente.

Podemos distinguir tres sentimientos y tres palabras básicas en la semántica del amor: amor, como contemplación de un bien, percepción del atractivo de una cosa o persona que incluye al deseo. Deseo es la necesidad o tendencia, hacia el objeto amado, cada tipo de amor despierta un tipo de deseo (no siempre sexual) que no tiene que ser posesivo. Por último, está la fruición que habla de la manera en que dicho deseo debe satisfacerse.

El deseo es la esencia de todas las fragancias del amor, pero pensemos que el antojo, la lujuria y el capricho le son más afines al puro sexo, son sensaciones pasajeras que no requieren de un objeto del deseo único o ideal; mientras que el Amor, se reviste de empeño, afán, ansia, avidez y anhelo. Vocablos estos últimos, más afines al trabajo de conquista, a la energía de desear a la distancia, a la idealización de un objeto del deseo específico.

Para muchos psicólogos freudianos el amor es una forma atenuada del impulso sexual. Sin embargo, coincido con Eurípides, quien decía que “No hay amante que no tenga cariño (*philia*, amistad) de por siempre”. No todo es sexual en el amor y Octavio Paz hace una precisa distinción a partir de la metáfora de una flor en La llama doble.

Paz establece un mapa al regalarnos una flor como coartada. Las raíces de esta metáfora representan el sexo. El poeta distingue entre la sexualidad animal y la sexualidad humana

que no se fundamenta, solamente, en la reproducción, sino que se alimenta del erotismo que persigue desviar el impulso sexual reproductor para transformarlo en una representación. De antemano aceptemos que la sexualidad, más allá de cualquier inclinación ideológica, es indiscutiblemente, centro de la experiencia humana, desde la fisiología hasta la mística.

El tallo de la flor es el erotismo, la capacidad de desear a la distancia, no se constriñe a un escenario como en el caso del sexo ni requiere de la vista como aliada, pues el sitio puede ser el espacio flotante de la ensoñación donde el deseante reconstruye recuerdos y organiza fantasías. “El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora” (Paz, 1994: 10). Algo más allá de la realidad que la origina. Sexo, erotismo y amor, son tres nociones complementarias que dan como resultado el verdadero amor: éste que implica al cuerpo, a la imaginación y al deseo de posesión. Para la antropóloga Helen Fisher, el cerebro posee tres posibilidades afectivas que son más que un simple sentimiento, existe toda una área del cerebro que manifiesta sentimientos de deseo sexual, de amor romántico y de apego. Fisher nos dice que se pueden sentir, al unísono, los tres afectos. Por su parte, el sociólogo Francesco Alberoni señala tres etapas, el deseo, el enamoramiento y el amor.

Eurípides toma los arquetipos míticos del amor y señala a Eros como una locura resuelta por Afrodita que desata una fuerza irracional que se encarna en el poeta, el guerrero, el adivino o el chamán.

Por su parte, George Bataille afirma que existe un erotismo de los corazones, una pasión que se paga, o al menos pretende la reciprocidad y puede surgir del erotismo de los cuerpos, pero pretende la felicidad en una identificación moral profunda. Se trata de un sentimiento más violento que la pura pasión física, pues engendra un desorden tan grande que se resuelve en una felicidad dual compuesta de gozo y sufrimiento.

Sartre dice que el amor quiere cautivar la conciencia del otro. Pero la posesión amorosa es muy distinta a la posesión de cosas, no busca sometimiento, reclama un tipo especial de apropiación, quiere poseer una libertad, es decir, una entrega voluntaria. Sartre supone este tipo de entrega como imposible. Es obvio que nunca podemos poseer por completo una conciencia ajena.

Ortega y Gasset, como Simon Weil, señala que el enamoramiento es un fenómeno de la atención, es una manía, atención detenida en otra persona. Se suscita un interés desmesurado por el objeto amoroso, pero no todo deseo ni todo interés es amor. Desde la era medieval, el enamoramiento es considerado una suerte de enfermedad, una

inclinación que nos posee y que no podemos controlar así que era fácil hablar de elixires o hechizos que causaban un rapto a los amantes. Lo cierto es que el amor requiere de una disposición y es un acto voluntario, no así la atracción sexual.

2. Sintomatología amorosa

En la sintomatología del amor tenemos al dolor por la ausencia del ser amado y la alegría de su presencia. Una sensación de libertad absoluta porque la vida cobra un sentido que, quizás, había perdido. Ganas de tener sexo, de comunicarse, de estar juntos, de compartir una tarde, una película o una canción, querer y ser querido. Sé que amo a una persona cuando sus fines se vuelven imprescindibles para mí.

El amartelamiento o enamoramiento comienza cuando una persona adquiere significado especial y se convierte en un pensamiento que invade la mente. En esta etapa se ven claramente los defectos del objeto amado pero se les mira como rasgos distintivos y de modo positivo. Dos sentimientos dominan las ensoñaciones del enamorado: esperanza e inseguridad. La adversidad es la clave incendiaria de la pasión amorosa. Se experimenta incluso malestar físico, debilidad, mareo, etc. Sensación de vulnerabilidad, timidez, miedo al rechazo, impotencia de que el sentimiento es incontrolable y no estaba planeado.

Así pues el amor es la fusión del deseo, el dolor de ausencia, el gozo por la posesión, la afirmación de la existencia ajena y la necesidad de su felicidad, querer ser amados y que el otro quiera ser amado por nosotros.

El proceso de enamorarse oscila entre la satisfacción discreta ante uno mismo y una insatisfacción igualmente leve que se originan en el conocimiento de las limitaciones personales. Las demandas ideales inalcanzables forman el yo idealizado, dos personas enamoradas proyectan ese modelo en el ser amado.

Pero el amor debe ser algo más complejo, es actitud, disposición y voluntad, no es automático, es un pacto entre la inteligencia y los sentimientos que prolongan la admiración, se inventan pretextos para amar y por ello todo amor duradero es desafío, un esfuerzo creativo. Amar no es renunciar al deseo, hacerlo es dejar de vivir. La alegría más legítima es la de amar y todos los actos cotidianos palidecen ante lo extraordinario del amor, cuando se llega a amar, y eso sucede a pesar de todo. Amar en serio es alegrarse, como dijera Spinoza, de la mera existencia de ése a quien amamos.

Si el deseo es la premisa de todo amor, el amor es valor que no requiere más justificación, es el amor el que preña al amado de su valor. Pero no podemos negar que la fortuna

también interviene en cuanto amamos a quienes tenemos cerca. Si un objetivo vital es alcanzar la verdadera humanidad ¿no tendrá el amor que ayudar en este sentido?

El enamorado provoca admiración y miedo, es un ser que pone en jaque el orden social, un eslabón débil porque no puede controlar las fuerzas de su interior y, por ello, el matrimonio es la terapéutica inventada por la sociedad griega para dominar al eros femenino que tanto subyuga al hombre. En el matrimonio el sexo deja de ser juego para tornarse en trabajo y en fin.

El sexo como instinto obedece a una necesidad biológica, condicionada por cambios químicos en el organismo. Su meta es la desaparición de la tensión física que requiere satisfacción. El amor no tiene un origen claro pero los antropólogos Williams Jankoviak y Edward Fischer descubrieron pruebas directas del amor romántico en casi todas las culturas. Lo que indica que es probable que sea un rasgo humano universal. Es posible que también esté presente en animales. El enamoramiento podría deberse o iniciarse en una molécula llamada feniletilamina, o FEA, (anfetamina natural) que provoca exaltación, alegría y euforia.

3. Volver al pasado

Según la antropóloga Helen Fischer, los hombres somos monógamos seriales con infidelidades ocasionales. Esto obedece a estrategias que tienden a privilegiar la propagación de la especie. El hombre es infiel para diseminar su semilla, apuesta a múltiples relaciones para garantizar la descendencia, cuando logra embarazarse a una hembra se queda con ella para protegerla durante el tiempo en que la cría se desarrolla. Frágiles, profundamente desvalidos, necesitamos de la protección y los cuidados de los padres un tiempo prolongado. Por su parte, la mujer, como buena recolectora y encargada de alimentar a las crías busca a un hombre que se quede, y otro más, por si el original la abandona o para que ayude con el gasto en tiempos de crisis.

Jugando a doble o nada, los hombres durante siglos buscaron la forma de asegurar la procreación y la sobrevivencia, luego llegó la noción de pecado y el amor se reglamentó. Pero ni siquiera el miedo al infierno acabó con los romances esporádicos o las casas chicas. Justo es decir que según la misma autora los animales también experimentan una forma de enamoramiento que les hace preferir a una pareja sobre otra por el tiempo en que la cría se desarrolla. También es de admirar que existen parejas que encuentran la manera de crear lazos fuertes, una convivencia armónica y hacer que la fidelidad se imponga a cualquier condición o propensión genética.

En *Anatomía del amor*, Fischer intenta desentrañar el problema a partir de nuestra historia como especie. Ella afirma que en nuestra inclinación sexual se revelan las intenciones de una naturaleza cuyo cometido es la reproducción y con este fin establece dos estrategias: la monogamia serial (dado que la mayoría de los seres humanos desde la prehistoria hasta la postmodernidad, establecen relaciones a mediano plazo marcadas por una biología del amor cuya función es asegurar el adecuado desarrollo y supervivencia de la nueva generación) y la infidelidad ocasional: “De modo que somos criaturas que vivimos en un mar de corrientes que tironean nuestra vida de familia en una y otra dirección. Sobre el antiguo mapa de la monogamia en serie y el adulterio clandestino, nuestra cultura proyecta la sombra de su propio diseño” (Fischer, 1992: 303) Así que volvemos al pasado “Somos más nómadas y existe mayor igualdad entre los sexos. En este sentido estamos volviendo a una forma de vivir el amor más compatible con nuestro antiguo espíritu humano” (Fischer, 1992: 284).

Todo tipo de factores sociológicos, psicológicos y demográficos han contribuido a alimentar los índices de divorcio. La vida nómada es uno de ellos. La mayoría abandonamos el hogar de los padres, de modo que la amplia red de apoyo familiar y comunitario que las parejas necesitan cuando llegan los momentos difíciles se ha desvanecido, lo que incrementa las posibilidades de divorcio. Los que eligen cónyuges con hábitos, valores, intereses y actividades recreativas diferentes, son más propensos a divorciarse. El énfasis contemporáneo en el individualismo y la satisfacción personal también son factores de riesgo para el matrimonio. El factor más poderoso es que las mujeres trabajen y eso podemos fundamentarlo en estadísticas que indican que al sentir la libertad económica, la mayoría de los divorcios son promovidos por las mujeres, más o menos el 60% de los divorcios a nivel mundial los inician las mujeres.

La participación en el mercado laboral de la mujer hace que resurja el patrón de monogamia serial con infidelidades ocasionales, mismo que se había controlado con la mujer dependiente encargada del hogar y la crianza de los hijos. Pensemos en la idea que rige la asociación para formar una pareja, la primera relación, en la adolescencia, busca sexo, la segunda, los hijos y la tercera busca compañía. Para la socióloga Eli Ginzber el ingreso de la mujer en el mercado laboral es el acontecimiento más importante del siglo. La familia con una doble fuente de ingresos es parte de nuestra herencia humana que procede de la época de los cazadores/ recolectores, donde la división del trabajo era clara, los hombres cazaban y la mujer se encargaba del cultivo de la tierra. El casamiento es un signo distintivo del *homo*

sapiens, es un impulso que surgió hace cuatro millones de años y si sobrevivimos como especie, seguirá siendo parte de nosotros en el futuro. La mujer seguirá dando a luz menos niños, algo que también viene del pasado, lo mismo que espaciar los embarazos.

Hogares monoparentales eran comunes en el pasado, dado que la mortandad llegaba más joven, las familias permanecían unidas por periodos más cortos, por tanto había la necesidad de un segundo matrimonio, las familias mezcladas y los padrastros eran fenómenos bastante comunes cien años atrás.

Nos dice Fisher que el único fenómeno de la vida familiar novedoso son las personas que viven solas (viudos, divorciados, solteros). El parentesco parece estar volviéndose electivo, la asociación filial es una nueva manera de formar familias, amigos no emparentados, lazos de amistad en lugar a lazos de sangre. Esto ocasionará grandes cambios en el terreno social y legal.

Por otro lado, la psiquiatría nos dará más sorpresas y seguirá revolucionando el amor al crear drogas que incrementen, como el viagra, la potencia sexual y tal vez otras que ayuden a mitigar el dolor producido por el amor. Es posible que se pueda intensificar el placer y debilitar los sentimientos de dependencia que son concebidos como debilidad en una sociedad que privilegia el individualismo y el autocontrol. Seguramente los medicamentos en torno a la sexualidad terminarán por desvincular procreación, sexo y amor.

Tanto Helen Fisher en su *Anatomía del amor* como Jacques Attali en *Breve historia del futuro*, aseguran que volveremos al nomadismo, absoluto. Esto es algo que podemos observar desde hace tiempo con la globalización, la oferta de trabajo y la promoción educativa, que han fomentado que los jóvenes cambien de residencia y abandonen el hogar familiar a temprana edad. Todos nuestros aparatos tecnológicos acusan esta necesidad de movilidad, podemos decir que llevamos la oficina a cuestas en una pequeña computadora o incluso en un celular. Nuestros recuerdos, entretenimientos, y la posibilidad de comunicarnos con nuestros seres queridos, se han vuelto ubicuos, dejar la casa es cada día más fácil y frecuente dado que los medios de comunicación nos permiten el contacto casi inmediato.

Attali especula que los únicos habitantes estables serán los viejos, los enfermos y los niños. Estos sedentarios representarán las nuevas organizaciones familiares constituidas por abuelos que se encargarán de criar a sus nietos. Los padres, en su mayoría separados o divorciados, acudirán en vacaciones, asueto y festividades para compartir con sus hijos. El individualismo será cada vez más extremo.

El "Otro" será una pieza estratégica para construir la propia felicidad, una fuente de placer o de dinero, afirma Attali. La soledad comenzará desde la infancia y el mundo podría convertirse en una yuxtaposición de soledades. El hombre se distanció de la sexualidad como mera forma de reproducción y con ello surgió el erotismo como vida y muerte, como limitación y licencia diría Octavio Paz. Parece que esta disociación seguirá creciendo.

El mercado ha hecho del erotismo un comercio del placer.

La paulatina separación que hemos señalado entre reproducción sexual y placer, desde los anticonceptivos hasta la fecundación *in vitro* o las madres de alquiler, liberan a la reproducción del acto amoroso.

Se vivirán pasiones simultáneas y sinceridades paralelas, entender que el amor no es eterno es una ganancia, no porque no se apueste a relaciones de largo plazo sino porque, como bien nos dice Paz, el verdadero amor es una apuesta por la libertad, no la propia sino la del otro, en la medida que comprendamos eso entenderemos que permanecer es un acto de voluntad y que toda historia de amor es de éxito en la medida que nos ayude a entender la vida.

El miedo al compromiso y la huida ante el apego, se convertirán en formas de seducción y el individualismo, el yo, el ego, el culto al cuerpo, se volverán valores absolutos.

El erotismo será un saber reivindicado. Se tolerarán formas diversas de sexualidad, excepto la pederastia, el incesto y la zoofilia. El nomadismo y las comunidades virtuales abrirán una nueva ventana a un mundo paralelo donde se escribirán, si no es que ya lo hacen nuevas aventuras amorosas.

Mirar el futuro de esta manera es ambivalente pues lo que ganamos en libertad parece devorarlo el mercado, el consumo desmedido y el individualismo. Toda prospectiva encara una llamada de atención. En lo personal miro el futuro con esperanza, cada vez sabemos más sobre nuestra naturaleza, inventamos más estrategias y herramientas que privilegian los actos creativos y los juegos de seducción, usarlos en la construcción lúdica de amores placenteros pero también comprometidos debería ser nuestro reto. No creo que el matrimonio sea la tumba del amor, pero tampoco el paraíso. El amor se presenta diverso como las aves y, como ellas, debe volar en libertad sin importar el esquema, respetar la locura sensata que se esconde tras este complejo sentimiento es, como bien lo mostrara Huxley en *Un mundo feliz*, lo que nos hace humanos.

El amor y la vida van asociados al placer y al gozo, aprender de ellos nos lleva a construir, negarlos, es como negar que a pesar de todos nuestros descubrimientos científicos o gracias a ellos, el prodigio se esconde tras toda combinación química, detrás de nuestra evolución como especie.



Bibliografía

- Attali, J. (1999). *Diccionario del siglo XXI*. Paidós, Barcelona.
- Attali, J. (2007). *Breve historia del futuro*. Paidós, Barcelona.
- Alberoni, F. (1998). *El erotismo*. Gedisa, Barcelona.
- Alberoni, F. (2000). *El origen de los sueños*. Gedisa, Barcelona.
- Alberoni, F. (1998). *Enamoramiento y amor*. Gedisa, Barcelona.
- Abagnano, N. (1998). *Diccionario filosófico*. FCE, México.
- Bachelard, G. (2002). *Poética de la ensoñación*. FCE, México.
- Bataille, G. (1971). *Erotismo*. Taurus, Madrid.
- Bruckner, P. y A. Finkielkraut (1979). *El nuevo desorden amoroso*. Anagrama, Barcelona.
- Fisher, H. (1992). *Anatomía del amor*. Anagrama, Barcelona.
- Ledesma, M. (2000). "Consideraciones sobre la presencia del erotismo en la literatura" en *Erotismo y literatura*, (Seminario 98/99) Universidad de Jaén.
- Marina, J. A. y M. López Penas (1999). *Diccionario de los sentimientos*. Anagrama, Barcelona.
- Paz, O. (1994). *La llama doble: de amor y erotismo*. Seix Barral, México.
- Rougemont, D. (1979). *Amor y occidente*. Kairos, Barcelona.
- San Juan de la Cruz (2009). "Cántico espiritual", *Los grandes líricos del renacimiento español*. Cátedra, Barcelona.
- Vargas Llosa, M. (2009). "La desaparición del erotismo", *El país digital*. <http://www.elpais.com/articulo/opinion/desaparicion/erotismo/elpepuopi/20091101elpepiopi_12/Tes>